

ARTE

*Aquí en París —porque escribo desde París— ocurre con la temporada del arte lo mismo que en Madrid: lo mismo, creo, que en todas partes: que se caldea y hasta llega a ponerse al rojo vivo, cuando se presiente que va a concluir. En Madrid me dejó inaugurada la Exposición Guinovart, e incluso me dio tiempo a dejar una crónica sobre ella. Pero también estaba, en Iolas-Velasco, la colección Matta. Y aún estará la de Alberto, ese genio abrupto de la escultura de nuestra Meseta. En París vine a la inauguración*

*fcil escribir una crónica cuando se está lejos de casa, lejos del lugar que en uno es habitual para el trabajo. Pero me interesa decir...*

CRITICA DE LA CRITICA  
A LA CRITICA

Si: me interesa decir que, antes de salir de Madrid, algunos amigos me han hablado con cierta dureza de esta sección, de mi crítica concretamente. Algunos, incluso, me han escrito. No puedo olvidarme de eso, porque son gente que importa... Bueno, en realidad, todas las opiniones importan.

Se me reprocha, fundamentalmente, la ausencia de crítica. La falta de dureza para quienes podrían merecer la dureza...

Mi argumento fundamental podría ser el mismo que emplea Eduardo Westerdahl para justificar la misma cosa: «Yo

la crítica de arte, hoy, no tiene que consistir en un sistema de aprobaciones o reprobaciones, sino en algo más: en un sistema de explicaciones. Se trata de ver en cada uno lo que pretende y lo que consigue decir. Se trata de encontrar la correspondencia entre la expresión y la realidad... Yo no digo que eso sea lo que yo hago, pero, desde luego, es lo que pretendo.

Además... ¿qué es eso de «lo bueno» y «lo malo» en la pintura y en la escultura de hoy? ¿Cómo establecer una jerarquía, a base de lo que se consigue o con base en lo que se pretende? ¿Qué es lo que importa, la realidad que la informa o la realidad que se expresa? Por todo eso, yo soy, también, tan contrario al sistema de consagraciones al uso, premios incluidos. Los soporto, porque no es posible

CINE

Truffaut,  
del rosa...  
al negro

«La sirena del Mississippi» es la película que realizó Truffaut a continuación de «Besos robados» y antes de «El niño salvaje», y como siempre en el caso de Truffaut, se trata, fundamentalmente, de una película autobiográfica. En esta ocasión, la autobiografía no es directa, lineal e inmediatamente perceptible, como puede parecer en sus películas anterior y posterior. La autobiografía en «La sirena del Mississippi» se transforma en una meditación personal y en una declaración de amor casi privada.

De un lado, Truffaut analiza su vida de adulto y trata de profundizar en las relaciones de la pareja. De otro, hace un homenaje continuo a las personas que motivan su admiración o despiertan sus sentimientos amorosos. En este sentido, creo que no se puede prescindir de cuantos datos se tienen sobre la vida privada y profesional de Truffaut; la intervención de Catherine Deneuve y la constante referencia a los clásicos del cine que Truffaut ha confesado admirar — Renoir (a quien ha dedicado la película), Hitchcock, Buñuel, Ray, Godard... — no son fenómenos casuales. «La sirena del Mississippi» es un homenaje abierto que hace Truffaut a sus grandes maestros y a la mujer que despierta sus sentimientos amorosos.

La película recuerda en su estructura al «Vertigo», de Hitchcock (que en España se llamó «De entre los muertos»). El dueño de una plantación de tabaco, aburrido tras la muerte de la única novia de su vida, decide encontrar una mujer para casarse, a través de los anuncios de los periódicos. Y, a pesar de que en el momento de conocer personalmente a la que ya eligió para casarse, tras una larga correspondencia, no concuerda demasiado la realidad con la imagen que tenía de ella, su boda es un éxito y se siente feliz en su nueva vida. Hasta que esa mujer le abandona tras quitarle su dinero y haberle enfrentado a la que se supone es su hermana. Se descubre que ha habido una suplantación de personalidad y que la que tenía que haber

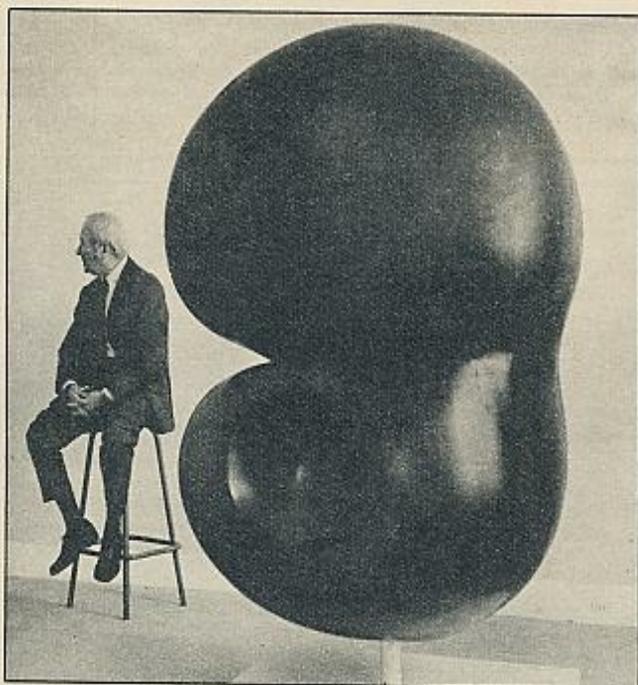
sido la auténtica esposa fue asesinada.

La segunda parte de la película es la búsqueda de la falsa esposa, el encuentro, la decisión de los dos de continuar viviendo juntos y la persecución de la policía. La relación adulta de la pareja se da sólo en esta segunda parte, cuando se sienten marginados cuando ya no les es posible atenerse a los ortodoxos cánones de relación que su situación social les obliga. Truffaut intenta estudiar las múltiples posibilidades en la relación de la pareja hasta encontrar en el asesinato una prueba más de amor. Es en este sentido donde la película adquiere su valor más significativo. El auténtico amor sólo puede hallarse al margen de los principios establecidos para la relación.

Si la propia construcción de la película es ya una referencia-homenaje a Hitchcock (y en este caso no creo que se trate de la ya conocida perversion del cinéfilo que intenta encontrar siempre referencias a referencias, cerrando así un mundo privado e improporrible), las nuevas citas a otras películas del mismo autor y, como dije antes, a otros autores, son fácilmente perceptibles, aunque en España no estemos preparados para la comprensión de todas ellas. Esta posible segunda vertiente de la película se encuentra, sin embargo, perfectamente entroncada con la primera, formando una unidad total en una coherencia perfecta. De hecho, el cine de Truffaut no puede dejar de ser una proyección muy personal e íntima de sí mismo y sólo en los casos en que ha intentado que no fuera así — «Fahrenheit 451», por ejemplo — su obra ha perdido interés. De esta manera, su análisis viene ilustrado por sus propias vivencias. Si habla de «la mujer», será Catherine Deneuve quien reciba el homenaje gráfico que el personaje que interpreta Jean-Paul Belmondo debe hacerle intentando describir su rostro como si fuera un cuadro.

Esa proyección de Truffaut en la historia que cuenta le obliga a plantearse a sí mismo en su propio contexto. Las referencias a los autores que admira — Truffaut es autor del único libro importante que se ha escrito sobre Hitchcock — son, de un lado, coherentes con la historia narrada y, de otro, inevitable reflexión sobre el cine mismo.

«La sirena del Mississippi» es, en esa poética aparentemente ingenua de Truffaut, una de las películas más maduras e importantes que el realizador de «Jules et Jim» nos ha ofrecido. Afortunada-



Exposición  
Miró,  
en París.  
Galería Maeght.

de la exposición de esculturas de Miró, en la Galería Maeght. Pero están abiertas, también, una retrospectiva de Gargallo, ese escultor nuestro tan conocido, tan mal conocido... Y otra de Julio González. Y otra del «Expresionismo europeo». Y otra de Matisse... ¿Me dará tiempo a escribir de todas? ¿Me dará tiempo, al llegar a Madrid, de escribir de la exposición de Quirós, en la Galería Biosca? ¿Me dará tiempo?... Pero dejémoslo. Es di-

no escribo nada más que de aquello que me interesa...». Pero no sería suficiente. Entre otras razones, porque podría haber cosas que me interesasen en sentido negativo, que fuesen ejemplares precisamente por su condición de mórbidos. Pero, en realidad, no son tantos los que ahora se atreven a exponer. Pero ese argumento de Westerdahl no sería suficiente para mí, además, porque no es todo mi argumento.

En realidad, yo pienso que

destruir a un sistema con una opinión, pero...

Pero estoy en París, y aquí he venido a otra cosa. Me voy, otra vez, a la exposición de Matisse, que está en el Grand Palais y, si aún me queda tiempo, me voy después a la exposición de Miró.

De la exposición de Miró ya escribiré en estas mismas páginas: para eso he venido. De las otras exposiciones, ya veremos: es que son tantas...

■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.